
Cultura global e identidades en crisis: los desafíos del nuevo siglo

Samuel Sosa Fuentes*

Queremos un país donde los indígenas seamos indígenas y mexicanos. Uno donde el respeto a la diferencia se balancee con el respeto a lo que nos hace iguales. Uno donde la diferencia no sea motivo de muerte, cárcel, persecución, burla, humillación, racismo. Uno donde siempre se tenga presente que formada por diferencias, la nuestra es una nación soberana e independiente. Uno donde, en los momentos definitorios de nuestra historia, todas y todos pongamos por encima de nuestras diferencias que tenemos en común... y no ser una colonia donde abunden los saqueos, las arbitrariedades y las vergüenzas.

Comandanta insurgente "Esther" del Ejército Zapatista de Liberación Nacional, Palacio Legislativo de San Lázaro, 28 de marzo de 2001.

En un reciente ensayo, el crítico y destacado sociólogo francés Alain Touraine reflexiona:

al inicio del siglo XXI, los movimientos sociales muestran su fuerza en América Latina, ya no con el lenguaje de la revolución de algunas décadas atrás, sino con el ideal de las identidades como bandera. Esos movimientos —el zapatismo en México— que son a la vez sociales y étnicos, actúan para defender los derechos culturales de las minorías, preservando las identidades de quienes son explotados y oprimidos... Se trata de un desafío entre la igualdad y la diversidad, porque las identidades culturales se contraponen a la manipulación de quienes ostentan el poder... Somos iguales porque queremos ser diferentes. Igualdad en la diferencia. Podremos seguir juntos co-

mo naciones en el momento que se reconozca la diversidad. Esa puede ser la democracia del siglo XXI, una democracia que permita alcanzar la igualdad. El ideal democrático debe consolidarse en la lucha contra las diferencias sociales y en defensa de las identidades colectivas. El multiculturalismo democrático permitirá la unidad política garantizando el diálogo entre individuos y grupos.¹

En efecto, los impactos de la globalidad planetaria en el ámbito de las identidades y de las culturas nacionales del mundo han tenido efectos y procesos complejos y contradictorios de homogeneización y heterogeneidad, de estandarización y fragmentación. Los estudios y análisis de un destacado grupo de académicos, especialistas y pioneros en esta área así lo demues-

* Licenciado en Relaciones Internacionales por la UNAM. Profesor adscrito a la Unidad de Investigación Documental e Información Especializada (UNIDIE) del CRI-FCPYS-UNAM.

¹ Alain Touraine, "El siglo XXI, el de las identidades" en *Foreign Affairs en español*, vol. 1, núm. 2, México, Instituto Tecnológico Autónomo de México/FLACSO-Chile, verano 2001, pp. 105 y 106.

tran.² Sin embargo, en las relaciones internacionales al comienzo del siglo XXI, observamos de manera general el surgimiento de cuatro importantes manifestaciones y tendencias que, con el tiempo, pueden trastornar y transformar la configuración y concepción de la cultura y la identidad en dimensiones críticas y conflictivas de la actual globalidad planetaria.

La primera gran tendencia se refiere a la vinculación entre la cultura y la economía. Aquí, se anuncia la naturaleza de los nuevos valores que dominarán la próxima fase del desarrollo del capitalismo, basados en un gran movimiento hacia la privatización y la exaltación del libre mercado. La segunda manifestación corresponde a la nueva relación que parece establecerse entre la cultura y a la geopolítica. Baste observar los conflictos y guerras interétnicas y culturales en la Europa posguerra fría y las actuales en Medio Oriente. La tercera tendencia atañe a la relación entre la cultura y la política; la emergencia de una cultura global de pretensiones universales que transgrede las fronteras culturales tradicionales se opone a la afirmación del Estado-nación y reduce visiblemente el control del Estado en su función social de bienestar. La última tendencia se vincula a la relación entre la cultura y la sociedad; la integración progresiva de una amplia franja de élites mundiales a una misma pretendida cultura universal, dominada por las problemáticas, valores e intereses de las sociedades más avanzadas, produce el desmembramiento de muchas culturas nacionales y deja en un total vacío de sentido a grandes sectores sociales en el planeta. "Crea, por lo tanto —de acuerdo con Burhan Ghalioun—, las contradicciones para una crisis de identidad cultural global (procesos de desculturización-aculturación) que se explica por la pérdida de todos los referentes de la cultura nacional y tradiciones de los pueblos y naciones masificados por los procesos globales".³

De esta manera, nuestro principal interés en las siguientes notas versará sobre la globalización y su vinculación-interacción (impacto) en la sociedad y en los ámbitos donde esta relación se ha traducido en un

dilema global de dimensiones críticas: la cultura y la identidad.

La cultura

Hoy día, no existe la menor duda de que los fenómenos contemporáneos de globalización han intensificado y propiciado las posibilidades de encuentros y conflictos culturales. Sin embargo, la situación actual no es como la del momento de la internacionalización del capital transnacional de los años setenta, donde se dio una apertura de las fronteras geográficas nacionales para incorporar bienes materiales de los demás países. Hoy se trata de que en la globalización planetaria interactúan, de manera simultánea, actividades económicas y culturales dispersas generadas por un sistema de múltiples centros, donde lo que importa no es la posición geográfica desde donde se actúa, sino la velocidad virtual en que recorre el mundo. En efecto, los mensajes, productos y bienes simbólicos que consumimos ya no se generan en la nación en que vivimos, sino en redes masivas y simultáneas de tecnología satelital e *Internet*, sin importar el lugar de origen para millones de habitantes de la sociedad mundial-global. Las fronteras entre lo propio y lo ajeno se desvanecen. De esta manera, lo que caracteriza a la etapa actual del capitalismo en su fase de globalización es:

- 1) superación progresiva de las fronteras nacionales en el contexto del mercado mundial;
- 2) desarrollo acelerado e intensivo de las estructuras de producción, de circulación y de consumo de bienes y servicios mediante la aplicación de las nuevas tecnología de punta en investigación y desarrollo;
- 3) alteración de la geografía política y del medio ambiente;
- 4) pérdida de legitimidad y credibilidad del Estado-nación ante la pérdida de autonomía y soberanía nacionales;
- 5) surgimiento de nuevas configuraciones ideológicas fundamentalistas;
- 6) predominio e influencia de los medios masivos electrónicos de comunicación a través de redes y carreteras virtuales-digitales; y
- 7) modificación en la organización social en la escala de valores y, sobre todo, modificación y al-

² Me refiero a excelentes textos y obras como los de Néstor García Canclini, Lourdes Arizpe, Luis Villoro, Juan Carlos Moneta, George Yúdice, Daniel Mato, Hugo Achugar y Martín Hopenhayn, que resultan esenciales para la comprensión de este fenómeno social-global.

³ Burhan Ghalioun, "Globalización, deculturación y crisis de identidad" en *Revista CIDOB D'Afers Internacionals*, núm. 43-44, diciembre 1998-enero 1999. www.cidob.org/Castellano/Publicaciones/Afers/43-44ghalioun.

teración en la cultura nacional y la manera y forma de concebirla.⁴

Ahora bien, en el ámbito y la dimensión cultural, Néstor García Canclini nos señala con gran agudeza y razón que:

el proceso de globalización ha conllevado cuatro grandes transformaciones:

- a) el predominio de las industrias electrónicas de comunicación sobre las formas tradicionales de producción y circulación de la cultura, tanto ilustrada como popular;
- b) el desplazamiento de los consumos culturales de los equipamientos públicos (teatros, cines, bibliotecas, casas de la cultura y salas de concierto) a los medios electrónicos que llevan los mensajes a domicilio (radio, televisión, video, *Internet*, etc.); c) disminución del papel de las culturas locales, regionales y nacionales ligadas a los territorios e historias particulares en beneficio del incremento de los mensajes generados y distribuidos mediante circuitos transnacionales; y d) redistribución de responsabilidades del Estado e iniciativa privada respecto de la producción, financiamiento y difusión de los bienes culturales.⁵

Sin embargo, si bien puede asumirse la tendencia a la globalización como algo irreversible, los conflictos multiculturales que ésta plantea como grandes cuestionamientos mundiales son fundamentalmente tres:

- 1) ¿cuál será el destino de las culturas locales, regionales y nacionales en una etapa de globalización?;
- 2) ¿lo global se convertirá en un sustituto de lo local y esto llevará necesariamente a la homogenización cultural?; y
- 3) ¿el modo neoliberal de globalizarnos será el único posible en donde la identidad cultural nacio-

nal será sustituida por una identidad universal y única?

En relación con la primera gran interrogante, hay que aceptar el conflicto de identidad que se produce entre una tendencia cultural —intereses financieros transnacionales— que intenta convertir a Estados Unidos (sus valores, pautas y normas de vida) en el único país que construye la industria cultural mundial y las diferentes culturas nacionales del resto del planeta. En efecto, la identidad cultural ha resultado modificada por la experiencia de la globalización: hoy tiende a ser identidad socio-comunicacional más que territorial; sin embargo, afortunadamente aún existen circuitos socioculturales en América Latina ligados a lo étnico, lo regional, el patrimonio histórico y las culturas populares. El circuito cultural conformado por lo histórico-territorial, que incluye saberes, hábitos y experiencias organizadas a lo largo de varias épocas en relación con territorios étnicos, regionales y nacionales, permanece sin ser plenamente diluido por la globalización. El estrechamiento y simultaneidad de la información globalizada no necesariamente termina borrando las diferencias culturales. De ahí que las políticas culturales locales y regionales que los Estados nacionales diseñen y lleven a cabo cumplirán un papel central y determinante ante los desafíos que impone la globalidad planetaria. Las culturas nacionales no se han extinguido, pero sí expresan hoy tanto severas modificaciones en su sentido como en su memoria histórica, que se construye en interacción con referentes culturales transnacionales. Coexisten, por tanto, complejos y contradictorios procesos de declinación de lo nacional con dinámicas expansivas de los mercados culturales internacionales; ejemplo de ello es la importancia que han adquirido las ciudades y su progresiva transformación en ciudades-frontera.

En lo que se refiere al planteamiento segundo de que si lo global se convertirá en sustituto de lo local, debemos admitir que si bien el proceso de globalización planetaria se manifiesta como algo relativamente irreversible, ésta debe expresarse, asumirse y plantearse como una globalización que actúe en términos locales y pueda pensar como globalidad. Es decir, una sociedad, una ciudadanía-mundo que posibilite desarrollar selectivamente lo cultural desde lo local, lo nacional y lo internacional. Las relaciones culturales entre lo global y lo local no tienen que ser obligatoriamente de sustitución o de cambio.

⁴ Samuel Sosa Fuentes, "Globalización e identidad cultural: democracia y desarrollo" en *Kaos internacional. Revista independiente de análisis internacional*, año II, vol. II, núm. 9, México, Paradigma de Actividades Científicas y Culturales, S. C., abril-junio 2000, p. 27.

⁵ Néstor García Canclini, "Industrias culturales y globalización: procesos de desarrollo e integración en América Latina" en Bernardo Kliksberg y Luciano Tomassini, *Capital social y cultura: claves estratégicas para el desarrollo*, Argentina, Fondo de Cultura Económica/Banco Interamericano de Desarrollo, 2000, pp. 317 y 318.

El tercer y último cuestionamiento está vinculado estrechamente con los conflictos multiculturales y el proceso de homogenización. Desde la perspectiva multicultural, puede decirse que las diversas maneras en que los procesos de globalización incorporan a las distintas naciones y sectores sociales de éstas y el trato que establece con las culturas locales y regionales, no puede llevarnos a pensar como si sólo buscara la homogenización. Muchas diferencias nacionales persisten y resisten bajo las presiones de la globalidad y, en muchos casos, esas diferencias terminan convirtiéndose en grandes desigualdades socioculturales.

Por ello, nunca dejará de ser una gran pregunta y también, de alguna manera, un gran rechazo, el cuestionamiento de que si el estilo, la manera y la forma neoliberal de globalización constituye el único y más satisfactorio derrotero del presente y futuro de la humanidad.⁶ Una globalidad de intención homogenizante que pretenda desconocer o anular las particularidades culturales y tradiciones identitarias de las regiones y países terminará, ineluctablemente, negando la multiculturalidad y creando y aplicando, de manera inevitable, nuevas formas y estructuras de dominación y exclusión. Tal es el peso y significado de estos temas-debate que, de manera paralela a los procesos de internacionalización-globalización del final de los años setenta del pasado siglo, se inicia una importante discusión teórica y metodológica sobre la llamada “cuestión regional”. Este debate que expresó dos grandes preocupaciones que todavía hoy son vigentes y se discuten: la búsqueda de una metáfora que incluya al mismo tiempo las dimensiones históricas y culturales que posibilite la concepción de actores sociales moviéndose en territorios específicos y la conciencia de que las regiones y las etnias, comparadas con los Estados nacionales modernos, son fenómenos de mucho más larga duración. Cada región cultural, cada identidad cultural siempre ha surgido de una acumulación de hechos históricos fundamentales —memoria histórica—, con actores sociales concretos y sus diversidades culturales moviéndose en territorios específicos, mientras que los Estados nacionales se construyen o se forman, algunas veces, con un sentido arbitrario y absolutista (como ocurrió con la Revolución Rusa en la extinta Unión Soviética, donde se manejó el principio de “a un Estado una cultura” y donde, por decreto del *soviet* su-

premo, a partir de octubre de 1917, todas las diversas nacionalidades, tradiciones, identidades y culturas rusas fueron convertidas en una sola cultura: la bolchevique).

En este sentido, la importancia que ha venido adquiriendo lo regional-local a nivel mundial se debe, entre otros factores, al carácter generalmente contradictorio de las relaciones entre los Estados nacionales y las regiones y al postergamiento de las demandas regionales y étnicas en los Estados modernos y posmodernos. Los desequilibrios y las desigualdades económicas y de poder en relación con los grandes centros políticos han contribuido a la pérdida de legitimidad y credibilidad en los gobiernos centrales. Por lo tanto, en la etapa actual de globalización, la región y la identidad cultural cada día se consolida como un interlocutor insustituible en la conformación del destino cultural común de sus actores sociales y humanos.⁷

La identidad cultural

Al preguntarse García Canclini sobre cuál puede ser el lugar de América Latina en los cambios globales de fin de siglo —hoy del inicio del siglo XXI— señala que,

las nociones de cultura e identidad son buenos puntos de partida... La cultura es una dimensión central para definir el futuro latinoamericano... Los debates políticos consideran que la identidad es el núcleo de la cultura... En esta perspectiva la cultura es asimilada a identidades locales, y por lo tanto se le ve como opuesta a la globalización. La opción entonces es: globalizarnos o defender la identidad.⁸

En efecto, la discusión sobre la identidad en América Latina tiene una larga trayectoria en la historia y la filosofía del continente. Desde la filosofía se ha argumentado de manera convincente acerca de la inexistencia de una identidad cultural común correspondiente a América Latina considerada como totalidad histórica. A lo sumo, podría pensarse en identidades múltiples y heterogéneas explicables por la mezcla de diver-

⁷ *Ibidem*, p. 3.

⁸ Néstor García Canclini, “Cultura e identidad en América Latina” en *Globalidad e identidades: México y América Latina en el cambio de siglo*, Cuadernos de la Globalidad, núm. 3, Centro Latinoamericano de la Globalidad, S. C., CELAG, febrero 2000, p. 35.

⁶ *Cultura, globalización y región*, Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura, p. 2.

Los factores socioculturales. Plantearse la cuestión de la identidad cultural de América Latina como una tarea de búsqueda de carácter ontológico y esencialista, será una intención destinada al fracaso o a la construcción de una ilusión. La identidad cultural de América Latina carece, entonces, de un estatuto ontológico y una investigación en esa dirección no podrá contar con verificadores empíricos que posibiliten una construcción teórica y metodológica admisible.

Por lo tanto, la cuestión de la identidad cultural latinoamericana, en el sentido de la identidad de América Latina en su conjunto como totalidad concreta, tiene un estatuto fundamentalmente discursivo. Así, por ejemplo, desde el discurso de Simón Bolívar que propugnaba la integración en la libertad, el problema de la identidad latinoamericana en un sentido global no ha dejado de estar presente en expresiones discursivas de ideales de proyección continental. La identidad cultural, consecuentemente, lejos de ser un dato empírico, tiene entonces la condición de referente utópico. El ejemplo bolivariano es paradigmático: la integración en la libertad no era un dato de la realidad en ese momento histórico de lucha por la independencia del Imperio español; era entonces y continúa siendo, en buena medida y después de 500 años, una aspiración ideal, un proyecto político, una gran utopía. Lo mismo ocurre si dejamos de lado el discurso político y nos centramos en la narrativa y ensayística latinoamericana sobre lo cultural. Aquí, encontramos dos símbolos que en el curso del siglo pasado se disputaron la identidad cultural de América Latina: Ariel y Calibán. Desde los textos de *Ariel*, de José Enrique Rodó, *De Erasmo a Romain Rolland: humanismo burgués y humanismo proletario*, de Aníbal Ponce, y *Calibán. Apuntes sobre la cultura de nuestra América*, de Roberto Fernández Retamar, todos exhiben planteamientos, formulaciones, proposiciones y reformulaciones de los símbolos más característicos e integradores de la llamada identidad cultural.⁹

Ahora bien, desde la perspectiva de la crítica cultural, el proceso por el cual se da la construcción de una identidad cultural que no está necesariamente fundada en los cánones del territorio, la etnia o la lengua, no supone también aceptar en forma devota la alineación sometida a los peores efectos de la globalización económica.

Somos conscientes de que el cuestionamiento de los mitos que sustentan la noción tradicional de identidad —territorio, pueblo, nación, país, comunidad, raíces— ha llevado al desmoronamiento del metaconcepto unificador y que la pérdida de los referentes tradicionales inaugura un periodo difícil. Por ello la globalización, más que un obstáculo, tiene que ser enfocada como un desafío.¹⁰

En este sentido, creemos que la crisis de la pertenencia e identidad nacionales y el creciente proceso de desterritorialización que sugiere la desaparición gradual y progresiva de fronteras, aunque se traduzca, en lo inmediato, en la pérdida de referentes identitarios por la presunta homogeneización a la que el actual proceso de globalización conduce, no hace sino abrir paso a uno de los retos culturales contemporáneos más significativos y de mayor trascendencia. Por eso es un desafío.

Para hacer frente a este desafío, hay que inventar y crear una nueva mirada sobre nosotros mismos que sea diversa, múltiple, polifónica y pluralista. Lo importante es elaborar estrategias para resistir y sobrevivir en la inmersión de símbolos y referentes variados y reconstruir la noción de identidad cultural sobre nuevas bases.¹¹

El derrumbamiento de la antigua Unión Soviética y de los sistemas sociopolíticos socialistas de la ex Europa Oriental, la caída de “muros” y la configuración de nuevas fronteras con el fin de la Guerra Fría, debe invitar a reflexionar críticamente sobre la globalización y a reactivar la iniciativa del pensamiento en forma creadora, constructiva y contestataria y no solamente defensiva —que significa aceptar—. En este contexto, resulta indispensable recuperar la estrategia de un pensamiento crítico que elimine la nostalgia del poder del Estado paternalista-absolutista que parecía cobijar y definir la identidad nacional hasta no hace mucho. Al mismo tiempo, esta iniciativa intelectual radical debe ayudar a modificar el fundamentalismo omnipotente de la ideología del mercado mundial, particularmente en el terreno económico, laboral y de protección y bienestar social. Es necesario también elaborar estrategias a nivel internacional —industrias culturales de tolerancia y respeto a lo local, lo regional y lo nacio-

⁹ Yamandú Acosta, “Globalización e identidad latinoamericana” en *Cuadernos Americanos*, núm. 63, México, UNAM, 1997, p. 81.

¹⁰ Fernando Aínsa, “El desafío de la identidad múltiple en la sociedad globalizada” en www.Utalca.cl/publicaciones/universum/rev1997/aínsa.

¹¹ *Ibidem*, p. 7.

nal—, para hacer frente a esos fenómenos globales que en ocasiones se consideran ineluctables, donde se recupere una vocación anticipadora a la que no debe ser ajena, también, una intención utópica.¹²

Para comprender el alcance de una propuesta planteada de este modo, hay que partir del hecho de que todo individuo se maneja simultáneamente en varios círculos identitarios, desde el individual y familiar, hasta el más amplio de pertenencia a una comunidad, región, nación o país, pasando por el grupo político, étnico, sindical o profesional en el que se desenvuelve. La identidad cultural se desplaza y se abre en ese espacio circular superpuesto, concéntrico y tangencial, donde cada uno de ellos es siempre más reducido que el horizonte total de la persona que engloba. Es decir, nuestra diversidad creativa y multicultural.

Los conflictos y encuentros entre las expresiones individuales y colectivas de estos diferentes círculos (diversidades) son inevitables, y su ampliación o reducción es variable y permanente. La ampliación acentúa el carácter pluralista de la identidad cultural y la reducción impulsa hacia el fundamentalismo e integrismo y la tribalización.¹³

Consideraciones finales

El proceso de globalidad planetaria en el ámbito de la cultura y la identidad ha implicado una progresiva imposición-reproducción de una cultura occidental —de pretensiones universales— sobre lo autóctono, lo identitario, lo local, lo regional y lo nacional.

En los hechos de la actual realidad internacional al inicio del siglo XXI, la cultura, la identidad, la diversidad y la tolerancia de los diferentes y los iguales están más fraccionadas que nunca, y ello es palpable en el seno de naciones, países y sociedades en que se vive agudamente el doble proceso de globalización y multiculturalismo. Baste con observar cómo se incorporan objetos, bienes y tecnologías de uso generalizado a la vida cotidiana y cómo se insertan con naturalidad a la actitud y mentalidad de sociedades enteras. Sin embargo, es importante señalar que una “igual presencia” multicultural en una sociedad no significa iguales

oportunidades para todos. En efecto, la globalización ha demostrado que la multiplicación de posibilidades hace aún más evidente la desigualdad de oportunidades, por lo cual la cultura, la identidad y la convivencia multicultural de diferentes estilos de vida, deberán conducir a un impulso ético basado en los mayores esfuerzos de un pluralismo democrático. Un pluralismo democrático que deba tender a otorgar los mismos derechos y las mismas oportunidades a todos, y en donde el Estado nacional redimensione y reinvente su papel como representante y benefactor de la sociedad y, sobre todo, como defensor de un pueblo y un país que enfrenta a diario un proceso global que ha trastocado la cultura y la identidad nacional. En palabras de Alain Touraine:

es posible concluir que un sistema abierto, político o económico, es condición necesaria pero no suficiente para la democracia o el desarrollo económico. No hay, en efecto, democracia sin libre elección de los gobernantes por los gobernados y sin pluralismo político. La democracia venció, y hoy día se impone como la forma normal de organización política, como el aspecto político de una modernidad cuya forma económica es la economía de mercado y cuya expresión cultural es la secularización. Pero un mercado político abierto y competitivo no debe identificarse automáticamente con la democracia, ni la economía de mercado con la sociedad industrial. Es preciso recurrir a una concepción que defina la acción democrática en función de la liberación de los individuos y los grupos dominados según la lógica del poder. La democracia sería una palabra muy pobre si no se definiera por los campos de batalla donde tantos hombres y mujeres combatieron por ella. Una definición fuerte de democracia se opone a aquellos que en nombre de las luchas democráticas antiguas se constituyeron y siguen constituyéndose en los servidores del absolutismo y la intolerancia. Ya no queremos una democracia de participación, tampoco podemos contentarnos con una democracia de deliberación. Necesitamos, más bien, una democracia de liberación.¹⁴

¹² *Idem.*

¹³ *Ibidem*, p. 8.

¹⁴ Alain Touraine, *op. cit.*, pp. 116 y 117.